

La epopeya de la clausura

Viejo tributo a Richard Ellmann

Christopher Domínguez Michael

I

Se dice que cada escritor debe proyectar su sombra en la caverna de la posteridad a través de un biógrafo que quiera emular su grandeza. Si fracasa es probable que su estatura no haya sido tan alta como la creyeron sus contemporáneos o tan digno de sobresalir como lo desearían sus lectores. Cuatro grandes biografías literarias podrían ser, por orden de aparición, las de George G. Painter (*Marcel Proust*, 1959 y 1964), Richard Ellmann (*James Joyce*, 1959 y 1982), Leon Edel (*Henry James*, 1962-1972) y el inconcluso (*Dostoievski*, 1983) de Joseph Frank.¹ Excluimos, para delimitar la apreciación, libros como el de Max Brod sobre Kafka o el de Leonard Woolf sobre su esposa Virginia, pues ambos conocieron a sus héroes.

Cabe decir que estos libros sólo nacen a partir de una identificación cabal entre biógrafo y autor. La empresa de Painter (1914-2005) es inevitable y gozosamente proustiana: el biógrafo se mide con *En busca del tiempo perdido*. Leon Edel (1907-1997) es tan majestuosamente victoriano como su víctima y Frank se comporta como un ruso, es decir, su *Dostoievski* no se entiende sin la presencia horrenda y mágica de las desgracias de Rusia.

Richard Ellmann (1918-1987) tomó a un hombre mucho más común que el resto de los grandes escritores. James Joyce no conoció el gran mundo (o su imitación) como Proust, no vivió las prisiones o las conversiones dostoievskianas ni fue un viajero trasatlántico como James. Muy

al estilo de la épica ordinaria de *Ulises* o de *Finnegans Wake*, Joyce fue un hombre de clase media, un apesadumbrado y tierno padre de familia, dublinés amigo de las copas pero absorto en su trabajo. Quien busque grandes descripciones de época en la biografía de Ellmann sufrirá una decepción similar al interesado en una anatomía, allí mismo, de la sociedad literaria europea. Joyce no tuvo grandes opiniones sobre la pesadilla histórica (a pesar de su famosa frase) ni amistades de fama demasiado asiduas. Pero él, quizá con Kafka, penetró como ningún otro en el alma de los ciudadanos de su siglo. Más allá de la perogrullada que acabamos de escribir, tras las no pocas veces fatigosa biografía de Ellmann, concluimos ratificando una de las pocas frases que Nora, su viuda, dijo sobre Joyce en público: “¡Jim!, qué gran hombre era”.

INTERLUDIO CON CUATRO DUBLINESES

Antes de comentar el *James Joyce* conviene detenerse en una pequeña obra maestra que Ellmann concluyó poco antes de morir y que es lo mismo su testamento crítico que una magnífica introducción a sus grandes biografías. Se trata de *Cuatro dublineses* (1990), reunión de cuatro conferencias dictadas por Ellmann en la Biblioteca del Congreso y que no podían sino estar consagradas a Oscar Wilde, William Butler Yeats, Joyce mismo y Samuel Beckett. En ese orden.

En apenas unas páginas, Ellmann utiliza una suerte de vara mágica para despetar de la inmortalidad a sus personajes y demostrar al lector lo mismo su sapiencia para las empresas de vasto aliento que

su dedicación al detalle. Biógrafo de Wilde (recibió póstumamente el Pulitzer por ese último libro), en la primera conferencia Ellmann recoge su brizna predilecta de ese bosque: los años oxfordianos de Wilde, su conocimiento inicial de Pater y Ruskin, sus bromas tan ingeniosas como legendarias trazan un retrato magnífico. Según Ellmann, nunca se ha comprendido del todo la invariable capacidad de dudar que atormentó a Wilde entre la filantropía fabiana y los salones aristocráticos, entre el catolicismo y la Iglesia anglicana, entre el amor de los hombres y el amor de las mujeres. Vivió dividido tras su desenfadada apariencia y esas contradicciones lo encaminaron hacia su destino trágico. Ellmann cuenta que en una ocasión el joven Wilde se quiso acercar al catolicismo de manera tan insistente que el cardenal John Newman le tramitó una cita con el Papa. El futuro escritor salió del Vaticano felizmente pagano.

Más interesante es el texto sobre Yeats donde Ellmann, quien siempre procede con la postulación de un problema, se pregunta cómo y por qué ese hombre logró ser dos poetas, uno del siglo XIX y otro del XX. No sólo lo fue por su larga vida y su capacidad de adaptación a las novedades, que también las tuvieron Chateaubriand y Valéry, para no hablar de Goethe o Wittgenstein. Ellmann, que trató a la familia de Yeats, adelanta la hipótesis: en la transformación de su lírica mucho tuvo que ver su obsesión con el climaterio durante los últimos veinte años de su vida.

En esa época, la imberbe gerontología consideraba que la operación hoy conocida como vasectomía era útil para prolongar la actividad sexual en el varón. Yeats se hizo la cirugía sin éxito. Ellmann lo in-

¹ Concluida finalmente por Frank (1918-2013) en 2002. En 2010, el FCE culminó, gracias a Juan José Utrilla, la traducción al español de este quinteto fundamental [Nota de 2015].

sinúa apoyándose en las pudorosas declaraciones de su viuda. Pero si Yeats no recuperó la virilidad, alcanzó una extraordinaria “segunda pubertad”, estado de ánimo que acaso le permitió aceptar a la vanguardia y, en el ocaso de su vida, ser un poeta escasamente relacionado con el simbolismo y con la poesía regional irlandesa, sus temas al comenzar el siglo.

(El final de la erección no implica, naturalmente, la desaparición del deseo y de otras formas reales o imaginarias de satisfacerlo. Kawabata averiguó esa angustia pero hasta donde sé la literatura es algo avara al respecto. Recuerdo a un viejo novelista mexicano que me honró con su amistad en sus últimos días. Era un hombre generoso y amargado que nunca toleró el climaterio. A veces, después de varios tragos era víctima de un deseo febril que lo impulsaba a abalanzarse literalmente sobre las mujeres jóvenes y estas, estupefactas ante la procacidad del viejo, no pocas veces y con razón, lo rechazaban con desagrado. Nunca olvidaré el horror que sentí, cuando tras alguna de esas escenas, me miró con los ojos húmedos y me espetó: “Domínguez, ¿sabe usted lo que significa ser un viejo verde?”).²

El tercer dublinés de Ellmann es naturalmente Joyce. Su biógrafo recoge un detalle significativo. Era un escritor cuya imaginación necesitaba de estímulos inmediatos traducidos en hechos. Si Joyce estaba escribiendo unas líneas sobre el coito entre uno de sus personajes y una camarera, y la inspiración no fluía, dejaba la pluma al instante y salía a rondar toda la noche hasta acercarse a la impresión requerida. El novelista revolucionario por excelencia componía (a veces) como un naturalista de la vieja escuela, con una libreta en la mano. Ellmann recuerda varias circunstancias ocurridas en la vida de Joyce que fueron vertidas casi literalmente en su sólo en apariencia caótico universo narrativo.

Ellmann concluye *Cuatro dublineses* con Beckett, que conoció a Yeats alguna tarde y jugó un papel esporádico aunque decisivo en la vida de Joyce. “Nadie de la



W. B. Yeats



Oscar Wilde

nada” y decide respetar el profundo velo con el cual quiso ocultar su vida privada. Más vale citar unas palabras de Deirdre Bair, su biógrafa, en su *Samuel Beckett* (1978 y 1990). Cuando la señora Bair pidió al escritor alguna clase de autorización para meterse en su vida, Beckett le respondió: “He repeated that he would neither help nor hinder me and I was free to do as I wished in the matter”. Ese era Sam Beckett y más vale dejarlo en paz.

II

¿Qué tan minuciosa debe ser una biografía? La información que Ellmann nos proporciona en esta edición actualizada de su *James Joyce* a veces hace extrañar el lirismo narrativo de Painter o las “biografías artísticas” al estilo de Lytton Strachey o André Maurois. Pero una vez más descubrimos qué gran biógrafo es aquel capaz de indagar de la manera más profunda en el estilo de su personaje. Si la obra de Joyce es incomprendible sin el concurso de las miles de palabras cotidianas que le brindan su textura dramática, su vida resulta también inabordable sin la densidad de los detalles. La lección se aprende a través de las ochocientas páginas que Ellmann le dedicó.

Irlanda, cuando Joyce la abandonó en 1904, era el mismo confín geográfico y

exótico de Europa que imaginaron románticos como el crítico Sainte-Beuve en su novela *Voluptuosidad* (1834). Desde Swift, no había tenido una gloria universal en la literatura. Sus autores más célebres (hoy olvidados, como Thomas Moore) se refugiaban en Londres (como Wilde), y con la notable excepción de Yeats, nada anunciaba la aparición de una figura como la joyceana. Era el lejano país de las colinas verdes. No en balde el primer escritor que prestó atención a Joyce fue el noruego Ibsen.

Las infancias son excepcionales sólo para quien las vive y por ello no es extraño que los lectores de biografías, que son legión, aguarden con impaciencia la transformación del niño en personaje. Quizás a ello se deba la inalterable permanencia de la novela de formación o de aprendizaje. Joyce “aparece” al dejar Dublín y viaja a Trieste con su amante, esposa legal tan sólo hasta 1931 y prácticamente la única mujer de su vida. Católico, Joyce fue un hombre de familia, vivió con sus hermanos hasta que estos se cansaron de que los esquilmara y jamás hubiera tenido el atrevimiento de dirigirse a su padre como lo hizo, por carta, Kafka.

En Trieste, entonces bajo dominio de la monarquía bicéfala, con estancias fugaces en París y Roma, dando lecciones de inglés, Joyce, al decir de un amigo, ya ha-

² Aquel escritor fue Rubén Salazar Mallén (1905-1986) [Nota de 2015].

blaba “una lengua muerta que ha resucitado para unirse a la torre de Babel de las lenguas vivas”. En 1915, tras algunos poemas y el *Retrato del artista adolescente*, Joyce está a punto de publicar *Dublineses*. Ha desaparecido su más bien vago socialismo fabiano y su actitud ante el nacionalismo irlandés, siempre ambigua, ha dejado de importarle. La Gran Guerra estalla mientras él lucha contra la censura editorial y la familia se refugia en Zurich.

Ellmann no confunde la biografía con la crítica literaria y su *James Joyce* no es otra guía para la interpretación del *Ulises*, aunque la fuente de la gestación del libro está notablemente desarrollada. Cabe comparar aquí el asedio de Painter sobre Proust, esencialmente toponímico, con la imaginación objetual que Ellmann atribuye a Joyce, quien “se enorgullecía de basar su arte en los hechos como Defoe, pero estaba con Blake a la hora de dar a la mente la supremacía sobre sus objetos”.

El 13 de diciembre Joyce, recibe, gracias a una recomendación de Yeats, la primera carta de Ezra Pound. Como le ocurrió a T. S. Eliot —cuyas relaciones con Joyce nunca pasaron de las formalidades—, es difícil imaginar lo que habría sido del novelista sin Pound, quien logró que *Ulises* empezara a publicarse por entregas en varias revistas europeas y norteamericanas de vanguardia. El último héroe de la Cris-

tiandad, Mr Leopold Bloom, comienza su odisea.

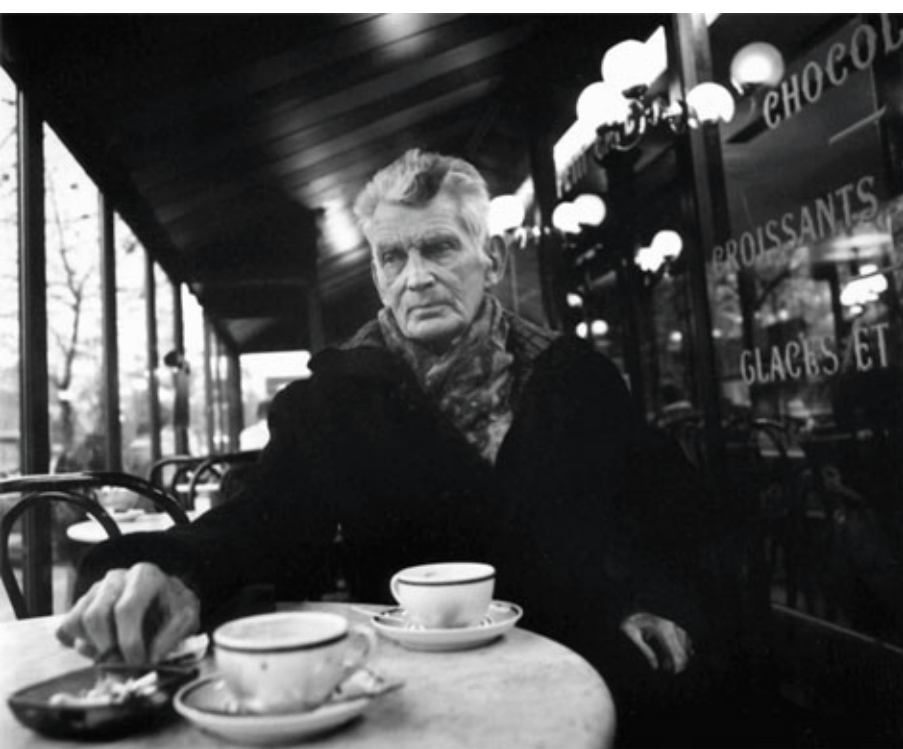
Pound confirmó en Joyce lo que casi todo verdadero genio sabe sobre sí mismo: que la trascendencia estaba más allá de la adversidad de su tiempo. Joyce se comparaba con Shakespeare y Dante y quizá no estaba equivocado. Ya se sabrá en el futuro. Fue más afortunado que Proust —cuyo encuentro con Joyce es famoso de tan inocuo— y que Kafka —a quien nunca leyó— porque disfrutó en vida de una minoritaria pero intensa admiración mundial al menos desde 1920, aunque sabía, como se lo dijo a Djuna Barnes, “que un escritor nunca debería escribir sobre lo extraordinario. Eso queda para el periodista”.

Joyce triunfa en París. Sus míticas editoras, miss Sylvia Beach y madame Adrienne Mounier, imprimen el *Ulises*. Concluía la parte más dolorosa de una vida signada por más de cincuenta mudanzas, abundante en privaciones y esas operaciones del ojo que se contaron, para Joyce, en más de veinte. Ellmann pinta a un Joyce no demasiado excéntrico ni arrogante, preocupado por los frecuentes litigios que su obra provocaba, celoso como escritor y, como hombre, un amable alcohólico. Sus manías sólo dañaban a sus acreedores. Aunque no apreció los dones de muchos de sus contemporáneos escritores, supo dejarlos en paz.

Si *Ulises* era el libro de un día en la vida de un hombre, *Finnegans Wake* (1939) asustó hasta a los más vanguardistas de sus amigos. Se había vuelto loco, creían: semejante disparate políglota no lo llevaría a ningún lado. Entre los pocos que le fueron fieles estaba el joven Beckett, que si bien no fue formalmente su secretario lo ayudó en varias ocasiones. Pero la aparición de Beckett acabó por ser amarga para la familia Joyce. Lucía, la hija, se enamoró de Sam y su rechazo precipitó el colapso psicótico de la mujer.

Ellmann cuenta cómo James Joyce no cejó ante las críticas contra *Finnegans Wake* —llamada al principio *Work in Progress*— pues necesitaba atravesar la frontera de la noche. Pocos lectores y ningún escritor han podido hacer ese viaje con él. Pero gracias a Richard Ellmann nos mira, vestido descuidadamente, esperando su vino blanco servido puntualmente por Nora a las ocho de la noche, mientras se volvía ciego como Homero —cosa que a ratos no le desagradaba— y riéndose de las generaciones de críticos que dedicarían su vida a desen- trañar sus acertijos. **U**

Rescato, apenas corregido, este artículo aparecido originalmente en junio de 1991 en *Librero*, la revista que hacía Armando Mena para los clientes y amigos de la desaparecida Librería El Parnaso de Coyoacán y más tarde recogido en *La utopía de la hospitalidad* (Vuelta, México, 1993), mi primera colección de ensayos críticos.



Samuel Beckett



James Joyce